

Divertirse y jugar: el cuerpo en el aprendizaje

Muchos artículos referidos al juego nos señalan que a través del mismo se aprende. En principio debemos señalar que el juego estimula la socialización en la infancia, permite el desarrollo de habilidades sociales pues al representar escenas el niño toma el papel de un adulto y trata de reproducir los modos de comportamiento que se producen en situaciones que viven a diario. En este sentido se entiende que el juego también promueve el desarrollo del pensamiento, incluye información del ambiente, la procesa y la pone en juego en momentos adecuados a la escena que se representa.

Estas posibilidades de actuación se vinculan con los juegos de ficción, juegos de roles, también llamados juegos dramáticos. Existen, además los juegos reglados donde la concentración y perseverancia son relevantes para su ejecución, promoviendo a su vez la descentración del pensamiento al tener que analizar las jugadas propias y anticipar las del contrario. El uso de algunos juegos reglados estimula la memoria y la inclusión de informaciones del medio en el que participan para poder resolverlos.

Ahora bien, hay otros aspectos del juego que han sido menos señalados pero que tienen una importancia radical en la construcción del sí mismo. Son los juegos corporales, aquellos que suelen darse en la primera infancia y constituyen una forma de vínculo primordial con los padres.

En principio, el bebe recibe caricias receptadas en el cuerpo y distinguidas a través de los sentidos. Los cuidados de los padres permiten que el niño tenga conocimiento de partes de su cuerpo, las sensaciones que habilitan el “tocar el cuerpo del bebe” van logrando la integración perceptiva acompañada de resonancia afectiva. ¿Por qué? Porque el cambiar al niño, acunarlo, cargarlo y mimarlo se trasmite amor y así el mismo bebe va construyendo formas de comunicación: sonrío, llora, “hace pucheros”, gorjeos; en definitiva usa sus ojos, su boca, sus manos para transmitir alegría, enojo o bronca.

A medida que crece, además de aumentar las formas de comunicación, el bebe va dominando los movimientos de su cuerpo usándolo de manera más precisa y adecuada, en definitiva logra coordinaciones perceptivas – motoras que le permite alcanzar las finalidades que se propone y así adquirir experiencias que le otorgan seguridad en su hacer.

Aquí el encuentro: *en el hacer* se aplican las coordinaciones corporales y las informaciones construidas a partir de las mismas, se produce la adaptación al ambiente y a las circunstancias que, aunque constituyan logros individuales, siempre son actos dirigidos a otros. No se puede separar el cuerpo y los afectos. No se puede separar el juego corporal del juego intelectual. No se puede separar al bebe y a los otros.

Justamente la interacción con el otro es lo que despierta el interés por el hacer, por realizar procedimientos encadenados para obtener resultados. Los procedimientos en la primera infancia son fundamentalmente motores, pero siempre incluyen el pensamiento, siempre requiere de representaciones mentales para su realización. Es necesario adecuar los movimientos al espacio, a los objetos, al tiempo del que se dispone para jugar.

El acto de jugar, entonces, incluye lo motor, lo afectivo y lo intelectual. La pertinencia de la acción motora, el éxito obtenido por su realización o la revisión de las acciones aplicadas para mejorar los logros permiten la construcción de la imagen de sí con mayor o menor seguridad. El acompañamiento de los padres, que a través de sus gestos y de su cuerpo van a comunicar al niño sus sentimientos, permitirá descubrir los propios afectos e identificar emociones que al principio transmitirá con su cuerpo y luego con la palabra.

La realización de acciones motoras en espacios lúdicos facilita la representación corporal, las potencialidades del propio movimiento, descubrir la disponibilidad corporal y el reservorio de afectos que constituyen la ejecución.

Toda acción humana está sostenida por el deseo o la necesidad, y justamente los espacios de esparcimiento, que convocan a la diversión son propicios para motivar el hacer. ¿Por qué se resalta este aspecto del movimiento? Porque las personas y especialmente los niños, necesitan motivación para realizar algunas secuencias motoras, aquellas que no son automáticas y que constituyen un desafío en la investigación del mundo. La coordinación de movimientos en el baile, en la expresión gráfica, en la escritura requiere de seguridad y precisión y también, de concentración y de memoria para su ejecución. Entonces, si no se constituyen espacios de disfrute en el uso del cuerpo, es difícil que se produzcan operaciones placenteras para aprender.

Las interacciones lúdicas posibilitan obtener seguridad en el movimiento y en la coordinación de acciones para obtener resultado, generalmente el espacio de juego es un espacio cuidado y organizado y la presencia del otro le permite al niño encontrar el sentido y el significado de su hacer. Si bien las situaciones lúdicas en la primera

infancia constituye un modo de investigar el mundo y de adecuar los movimientos corporales, también posibilitan el despliegue de la imaginación y de la creación cuando el niño reinventa el uso de los objetos para divertirse.

El juego facilita la tolerancia al error, la perseverancia en la relación medios – fines. Estas características también las observamos en el juego en parques, plazas o espacios al aire libre donde los niños usan los juegos de plaza o se animan a treparse a bancos, escaleras y árboles. Estas actividades requieren del uso coordinado del cuerpo y del acompañamiento de adultos que con su mirada muestran estar atentos al cuidado del niño. También se despliegan en los juegos con pelotas, “luchas” o juegos en el piso que pueden darse entre los miembros de la familia y constituyen espacios de exploración de movimientos que cada uno, de acuerdo a la edad, puede realizar. ¿Serán estos juegos los precursores del disfrute en los deportes? No se puede obviar que en los deportes el uso del cuerpo es primordial. Si la vivencia acerca de la disponibilidad corporal es gratificante, el deporte se constituirá en un juego placentero donde se podrá superar obstáculos y también una actividad motora para aprender y disfrutar.

Y ahora, 1,2, 3,...YA a correr, saltar y mover los brazos para ir a jugar.... Y disfrutar

Mabel Del Giúdice. Licenciada en Psicopedagogía. Magister en Psicología Educativa. Directora del Departamento de Psicología y Ciencias Pedagógicas de la Universidad CAECE. Docente universitaria en UBA y Universidad CAECE. Supervisora de los Equipos de Psicopedagogía del Centro Claudina Thevenet.
Mail de contacto. mdelgiudice@caece.edu.ar